

LA BATALLA DE LAS ΤΕΡΜÓΠΙΛΑΣ SEGÚN ΗΕΡÓΔΟΤΟ, ΗΙΣΤΟΡΙΑΣ V]], 201-239

Pues bien, el rey Jerjes había acampado en la región de Traquis, en Mélide, mientras que los griegos lo hicieron en el paso de las Termópilas¹, por lo que el monarca tenía bajo su control toda la zona norte en tanto que los griegos controlaban la zona continental por su parte más meridional.

Los griegos que aguardaban el ataque del Persa en dicho paraje eran los siguientes: trescientos hoplitas espartiatas; mil de Tegea y Mantinea (quinientos por cada ciudad); ciento veinte de Orcómeno, en Arcadia, y mil hoplitas del resto de Arcadia. De Corinto había cuatrocientos hombres, doscientos de Fliunte y ochenta de Micenas. Éstas eran las fuerzas que habían llegado desde el Peloponeso, en tanto que de Beocia lo habían hecho setecientos tespieos y cuatrocientos tebanos.

Para apoyar a los contingentes citados acudieron los locrios opuntios con todos sus efectivos, además de mil focenses.

Como es natural las fuerzas griegas, según sus respectivas ciudades, tenían sus propios generales, pero el más admirado y el que tenía a sus órdenes a la totalidad de las tropas era el lacedemonio Leónidas (hijo de Anaxándridas, nieto de León y descendiente de Euricrátidas, Anaxandro, Eurícrates, Polidoro, Alcámenes, Teleclo, Arquelao, Hegesilao, Doriso, Leobotas, Equéstrato, Agis, Eurístenes, Aristodemo, Aristómaco,

¹ Termópilas significa "Puertas Calientes", en alusión a las fuentes termales que manan en el lugar.

Cleodeo, Hilo y Heracles), que estaba casado con la hija de su hermano Cleómenes².

Fue él quien acudió a las Termópilas con los trescientos hombres que, de acuerdo con la ley, había escogido entre quienes contaban con hijos <para que ninguna familia quedara extinguida si morían>. Y se presentó acompañado, asimismo, de los tebanos. La razón por la que Leónidas se empeñó en que los tebanos fuesen los únicos griegos que lo acompañasen radicaba en que se les acusaba de ser unos decididos partidarios de los medos.

Los espartiatas enviaron a Leónidas y a sus hombres por delante, pero tenían pensado llevar a las Termópilas todos sus efectivos a marchas forzadas después de haber celebrado las Carneas³. El resto de los aliados habían decidido hacer otro tanto, pues por aquellas mismas fechas los Juegos Olímpicos habían coincidido con las operaciones que nos ocupan. No creían que la campaña de las Termópilas fuera a decidirse tan rápidamente, de ahí que enviásemos unas avanza-dillas.

Entretanto, cuando el Persa llegó a las proximidades del

² La reina, de nombre Gorgo, era sobrina de Leónidas. Los reyes de Esparta pertenecían exclusivamente a dos familias, muy enfrentadas, lo que daba lugar a matrimonios endogámicos.

³ Las Carneas eran fiestas consagradas a Apolo durante la luna llena de agosto.

desfiladero, los griegos que se hallaban en las Termópilas fueron presa del pánico y consideraron la posibilidad de retirarse. En ese sentido, la mayor parte de los peloponesios abogaba por trasladarse al Peloponeso y montar guardia en el Istmo. Pero, en vista de que, ante esa proposición, los focenses y los locrios protestaron airadamente, Leónidas decidió permanecer donde estaba y enviar emisarios a las ciudades para pedirles que acudiesen en su ayuda, alegando que contaban con pocos efectivos para rechazar al ejército de los medos. Mientras los griegos discutían esa propuesta, Jerjes envió a un jinete en misión de espionaje, para que averiguara cuántos eran y qué era lo que estaban haciendo.

Pues bien, el jinete vio que una parte de los soldados estaba realizando ejercicios atléticos fuera del muro, que habían resaurado, mientras que los demás se peinaban la cabellera.

Al oírlo, Jerjes, como su proceder se le antojaba risible, mandó llamar a Demarato⁴, hijo de Aristón, que se encontraba en el campamento. Entonces, Demarato le dijo: "Esos individuos están ahí para enfrentarse a nosotros por el control del paso, y se están preparando con ese propósito; pues, entre ellos, rige la siguiente norma: siempre que van a poner en peligro su vida se arreglan la cabeza. Y entérate bien: si consigues someter a esos hombres y a los que se han quedado en Esparta, no habrá en todo el mundo ningún otro pueblo que

se atreva a ofrecerte resistencia, pues vas a luchar contra el reino más glorioso y los más valerosos guerreros de toda Grecia." (No logró con sus palabras convencer a Jerjes.)

En un principio el monarca dejó pasar tres días, en la creencia de que los griegos huirían en cualquier momento. Pero, a los cuatro días, en vista de que no se retiraban, se irritó y lanzó contra ellos contingentes medos y cisios, con la orden de que los capturaran vivos y los condujesen a su presencia. Sin embargo, cuando los medos se arrojaron a la carga contra los griegos, las bajas fueron numerosas, por lo que evidenciaron ante todo el mundo que había muchos hombres pero pocos soldados. El combate se prolongó durante todo el día.

Ante el duro revés que sufrieron los medos, dichas fuerzas acabaron por retirarse, pasando entonces al ataque en su lugar los persas a quienes el rey denominaba Inmortales, dirigidos por Hidarnes, plenamente convencidos de que ellos sí que lograrían fácilmente la victoria. Sin embargo, cuando trabaron combate con los griegos, no obtuvieron mejores resultados que el contingente medo, sino que sufrieron su misma suerte, dado que luchaban en un lugar angosto y con lanzas más cortas que las de los griegos, por lo que no podían sacar partido de su superioridad numérica.

Los lacedemonios, por su parte, combatieron con un valor digno de encomio y con sus diferentes tácticas demostraron que sabían combatir perfectamente. Por ejemplo, cada vez que

⁴ Rey de Esparta exiliado en la corte de Jerjes.

volvían la espalda, simulaban huir, pero sin romper la formación, de manera que los bárbaros, al ver que huían, se lanzaban contra ellos gritando alborotadamente; pero, en el momento en que iban a ser alcanzados, se daban la vuelta y, con esa maniobra, acababan con una cantidad ingente de persas. En el curso de la refriega también se produjeron algunas bajas entre los propios espartiatas. Finalmente, dado que no podían apoderarse de ninguna zona del desfiladero, aunque lo intentaron atacando tanto en formación compacta como de todas las maneras posibles, los persas se replegaron a sus posiciones.

Según cuentan, en el transcurso de esos enfrentamientos que se dieron en la batalla, el monarca, que asistía a su desarrollo, saltó tres veces de su trono, temeroso por la suerte de sus tropas.

Se encontraba el monarca sin saber qué hacer cuando un natural de Mélide, Efiartes, hijo de Euridemo, se entrevistó con él y, en la creencia de que obtendría de Jerjes una importante recompensa, le indicó la existencia del sendero que, a través de la montaña, conduce a las Termópilas, con lo que causó la perdición de los griegos.

Posteriormente, por temor a los lacedemonios, Efiartes huyó a Tesalia; pero, pese a haberse exilado, se puso precio a su cabeza. Por cierto que un tal Aténadas mató a Efiartes por otro motivo (motivo que explicaré en posteriores capítulos), pero no por ello dejó de ser recompensado por los

lacedemonios...

... Pues bien, por ese sendero fue por donde los persas, después de haber cruzado el Asopo, marcharon durante toda la noche, dejando a la derecha el macizo del Eta y a la izquierda la cadena montañosa de Traquis; y cuando ya clareaba el día llegaron a la cima de la montaña.

A los griegos que se hallaban en las Termópilas el primero que les anunció que iban a morir al rayar el día fue el adivino Megistias, pues lo había observado en las entrañas de las víctimas; posteriormente, lo hicieron los vigías, que bajaron corriendo de las cumbres.

Los griegos, entonces, estudiaron la situación y sus pareceres discreparon: unos se negaban a abandonar la posición, en tanto que otros se oponían a ese plan. Finalmente, los efectivos griegos se separaron y mientras que unos se retiraron, dispersándose en dirección a sus respectivas ciudades, otros se mostraron dispuestos a quedarse allí con Leónidas.

Se cuenta también que fue el propio Leónidas quien, preocupado ante la posibilidad de que perdiesen la vida, les permitió que se fueran, mientras que a él y a los espartiatas que le acompañaban el honor les impedía abandonar la posición que habían ido a defender. Además pensaba que, si permanecía en su puesto, dejaría una fama gloriosa de su persona y Esparta no se vería aniquilada, pues resulta que, un oráculo de la Pitia les había anunciado que Lacedemón sería

devastada por los bárbaros o que su rey moriría. Esa respuesta la dictó a los lacedemonios en versos hexámetros y rezaba así:

*Mirad, habitantes de la extensa Esparta,
o bien vuestra poderosa e ilustre ciudad es arrasada
por los descendientes de Perseo, o no lo es.
Pero, en ese caso, la tierra de Lacedemón llorará la muerte
de un rey de la estirpe de Heracles.
Pues al invasor no lo detendrá la fuerza de los toros
o de los leones, ya que posee la fuerza de Zeus y devorará
a una u otro hasta los huesos.*

Leónidas, para evitar que muriese con ellos, también le pidió que se marchase al adivino que acompañaba a aquella expedición, el acarnanio Megistias, la persona que, tras examinar las entrañas de las víctimas, les anunció la suerte que les esperaba. Sin embargo, él se negó a abandonarlos, si bien al único hijo que tenía y que figuraba entre los soldados, le pidió que lo hiciese.

Los aliados emprendieron, pues, el camino de regreso, siendo los tespieos y los tebanos los únicos que permanecieron al lado de los lacedemonios. De ambos contingentes, los tebanos se quedaron a la fuerza, pues Leónidas los retenía en calidad de rehenes; en cambio, los tespieos lo hicieron con absoluta libertad: permanecieron en la posición, hallando la muerte junto a los espartanos. Por cierto que al frente de los

tespieos figuraba Demófilo, hijo de Diádrotes.

Los bárbaros de Jerjes se lanzaron al asalto y los griegos de Leónidas, como personas que iban al encuentro de la muerte, se aventuraron mucho más que en los primeros combates a salir a la zona más ancha del desfiladero. Durante los días precedentes, como lo que se defendía era el muro que protegía la posición, se limitaban a realizar tímidas salidas y a combatir en las zonas más estrechas. Pero entonces trabaron combate fuera del paso y los bárbaros sufrieron cuantiosas bajas, pues los oficiales, provistos de látigos, azotaban a todo el mundo, obligando a sus hombres a avanzar. De ahí que muchos soldados cayeran al mar, perdiendo la vida, y muchísimos más perecieron al ser pisoteados vivos por sus propios camaradas, pues nadie se preocupaba del que caía. Los griegos, como sabían que iban a morir, desplegaron contra los bárbaros todas las energías que les quedaban con un furor temerario.

Llegó finalmente un momento en que la mayoría de ellos tenían ya sus lanzas rotas, pero siguieron matando a los persas con sus espadas. En el transcurso de esa lucha cayó Leónidas, tras un heroico comportamiento, y con él otros destacados espartiatas, cuyos nombres he conseguido averiguar, ya que fueron personajes dignos de ser recordados. Allí cayeron también muchos persas de renombre, entre quienes se contaban Abrocomas e Hiperantes, dos hermanos de Jerjes. Por el cadáver de Leónidas se suscitó una encarnizada pugna entre

persas y lacedemonios, hasta que los griegos, merced a su valentía, lograron hacerse con él y en cuatro ocasiones obligaron a retroceder a sus adversarios.

La batalla se prolongó hasta que se presentaron los persas que iban con Esfialtes. Entonces los griegos se batieron en retirada hacia la zona más estrecha del paso y, después de rebasar el muro, fueron a apostarse sobre la colina todos ellos juntos a excepción de los tebanos. En dicho lugar se defendían con sus dagas quienes tenían la suerte de conservarlas todavía en su poder, y hasta con las manos y los dientes, cuando los bárbaros los sepultaron bajo una lluvia de proyectiles.

Pese a que tal fue el comportamiento de lacedemonios y tespieos, se asegura, sin embargo, que el guerrero más destacado fue el espartiatas Diéneces. Según cuentan, le oyó decir a un traquinio que, cuando los bárbaros disparaban sus arcos, tapaban el sol debido a la cantidad de sus flechas; pero él contestó sin inmutarse diciendo que la noticia que les daba el amigo traquinio era francamente buena, pues combatirían con el enemigo a la sombra.

Los griegos fueron sepultados en el mismo lugar en que cayeron y sobre sus tumbas figura grabada esta inscripción:

*Aquí lucharon cierto día, contra tres millones,
cuatro mil hombres venidos del Peloponeso.*

Como digo, esta inscripción hace referencia a la totalidad de los caídos, mientras que a los espartiatas en particular se refiere esta otra:

*Caminante, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos
obedientes a sus mandatos.*

Este epitafio, repito, se refiere a los lacedemonios, y al adivino este otro:

*Este es el sepulcro del célebre Megistias, a quien cierto día
mataron los medos, después de atravesar el río Esperqueo,
un adivino que, aunque bien sabía que en aquellos
momentos que las Keres⁵ acechaban,
se negó a abandonar a los adalides de Esparta ...*

... Por cierto que, según cuentan, dos de los trescientos espartiatas, Éurito y Aristodemo habían sido autorizados por Leónidas a abandonar el campamento, aquejados de una grave dolencia ocular. Éurito, al enterarse de la maniobra envolvente de los persas, pidió sus armas, se las puso y ordenó a su hilota⁶ que lo llevase al campo de batalla (cuando lo hubo conducido hasta allí, su guía se dio a la fuga, pero él se lanzó a la lucha, casi ciego, perdiendo la vida).

Aristodemo, por su parte, se acobardó y se quedó donde estaba. Por eso, a su regreso a Lacedemón, sufrió deshonra y humillación: ningún espartiatas le permitía tomar fuego ni le dirigía la palabra y se le apodaba Aristodemo el Temblón. Sin embargo, en la batalla de Platea reparó por completo la falta

⁵ Las Keres son una especie de demonios alados que acechan al hombre en la hora de su muerte.

⁶ Cada espartiatas iba acompañado de uno o varios esclavos, los hilotas, encargados de transportar el escudo y el resto de la pesada armadura.

que se le imputaba.

Según cuentan, hubo asimismo otro espartiatas, integrante del contingente de trescientos, cuyo nombre era Pantitas, que recibió el encargo de llevar un mensaje a Tesalia y conservó la vida. Sin embargo, cuando regresó a Esparta, ante la discriminación que sufría, se ahorcó.

Por su parte los tebanos, mientras estuvieron entre las filas de los griegos, lucharon, aunque fuese prácticamente a la fuerza. Pero, cuando vieron que la situación se volvía favorable para los persas, aprovecharon el preciso instante en que los griegos que estaban con Leónidas se replegaban a toda prisa hacia la colina para separarse de ellos y aproximarse a los bárbaros con las manos extendidas, alegando la pura verdad: que eran partidarios de los medos, que habían sido de los primeros en entregarle al rey la tierra y el agua y que habían acudido a las Termópilas a la fuerza. Sin embargo, no les salió, ni mucho menos, todo bien: los persas marcaron a la mayoría de ellos con los estigmas reales de fuego, empezando por su general, Leontíadas.

... Jerjes pasó por entre los cadáveres, y, como había oído decir que Leónidas era el rey y el caudillo de los lacedemonios, mandó que le cortaran la cabeza y la clavaran sobre un palo.

Pero voy a volver a un punto de mi relato en el que antes quedó omitido un detalle ... Resulta que, cuando Jerjes decidió llevar a cabo su expedición contra Grecia, Demarato, que se encontraba en Susa, se enteró de lo que se proponía y quiso

informar a los lacedemonios. El caso es que no podía alertarlos así como así (pues corría el peligro de que lo pillasen), por lo que se le ocurrió la siguiente idea: cogió una tablilla de doble hoja, le raspó la cera y puso por escrito, en la superficie de madera de la tablilla, los planes del monarca; hecho lo cual, volvió a recubrirla con cera derretida, tapando el mensaje, a fin de que el transporte de la tablilla, al estar en blanco, no ocasionase el menor contratiempo ante los cuerpos de guardia apostados en el camino. Cuando la tablilla llegó definitivamente a Lacedemonia, los lacedemonios no acertaban a dar con una explicación, hasta que, según tengo entendido, al fin Gorgo, la hija de Cleómenes y esposa de Leónidas, comprendió por sí misma la treta y les sugirió que raspasen la cera. Ellos, entonces, siguieron sus indicaciones y pudieron descubrir y leer el mensaje.

